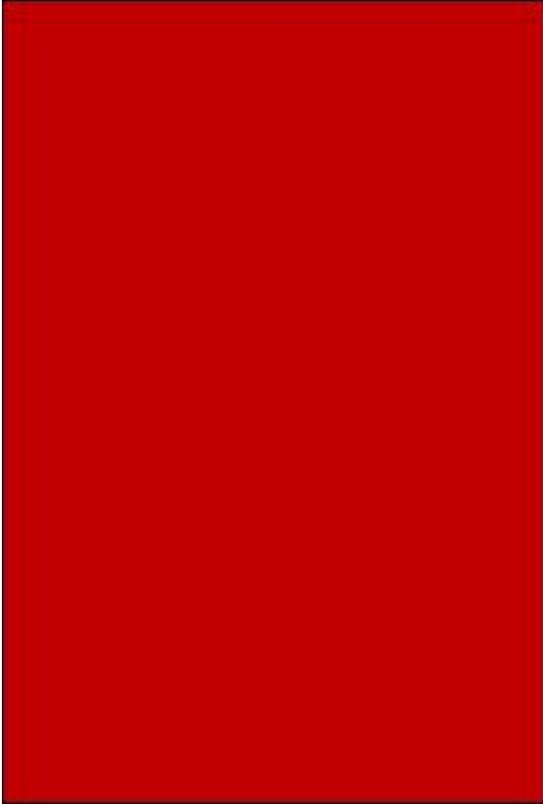


A black and white photograph of a woman standing in a room. She is wearing a black, long-sleeved, V-neck dress with a full skirt and a large, wide-brimmed black hat. Her hands are on her hips. The background is a bright window with sheer curtains. The floor is light-colored, and there are some red and yellow petals scattered on it in the bottom right corner.

# La perfumista

Mabela  
Ruiz-Gallardón



© 2009, Mabela Ruiz-Gallardón

© De la cubierta: Cristina Vergara

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la autora.

Para Nacho



## UNO

La noticia conmocionó el país. Las páginas de sucesos y la prensa rosa de mayo de 1975 se hicieron eco de la tragedia. La policía encontró el cadáver del rico heredero ahogado en la bañera, absolutamente cubierto de rosas. El muerto flotaba boca arriba en el agua, las pupilas dilatadas y los músculos flácidos. Lo más curioso, dijeron, era el color de su piel y el extraño olor a almendras dulces que despedía. Lord Mainfort parecía un ser de otro planeta, con el rostro inyectado y protuberancias de un raro púrpura azulado asomando entre los dedos de sus manos y sus pies. Un esperpento que olía a perfume putrefacto: una mezcla de bilis, rosas y jazmines envolvía la misteriosa habitación.

La policía se abrió paso entre las montañas de flores empapadas en agua y líquidos corpóreos. La piel del muerto formaba una capa homogénea con los pétalos de flor que la cubrían. La estampa era surrealista. En la habitación contigua, la madre del heredero perdía el conocimiento en brazos de una bellísima mujer. Junto a ellas, el hermano del difunto se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo de seda perfumado para evitar las náuseas.

A los pocos días, el resultado de la autopsia se dio a conocer, provocando reacciones de todo tipo entre los ávidos fans de noticias del corazón. Ningún signo de violencia; sólo una nota junto al cadáver cuyo contenido no trascendió a la opinión pública. Un suicidio en toda regla. Lord Mainfort había ingerido dosis elevadas de esencias florales. Había muerto envenenado. Al parecer, cuando el bisturí del

forense abrió el cuerpo, aquello parecía el lago del infierno, lleno de jugos malolientes que rezumaban por la piel.

Pero el drama no acabó ahí. Vimos en televisión las imágenes del entierro. Lady Mainfort parecía destrozada por la pérdida de aquel hijo que tanto amaba. Los comentaristas hablaron del enorme consuelo que sería para ella la presencia de su otro hijo, *mister* Edward Mainfort, y de la famosa perfumista y prometida de lord Mainfort, *miss* Victoria Lalik. Ni eso pudo calmar el dolor de la pobre mujer.

No pasó un mes y de nuevo la prensa rosa hacía su agosto con otra muerte: lady Mainfort aparecía sin vida, en su cama, después de haber sufrido un infarto. Demasiadas emociones para un corazón tan viejo. Las imágenes de este entierro fueron aún más dramáticas. Sobre la tumba, la bella Victoria lloraba con amargura, visiblemente afectada por la muerte de quien había sido para ella más que una amiga, una verdadera madre.

Puede que yo fuera el único hombre que no se sorprendiera ni se escandalizara con el caso. El desenlace, pensé, se ajustaba perfectamente al carácter de los protagonistas. Si no hubiese terminado así la historia, lo habría hecho de forma parecida.

\*\*\*

Conocí a Casilda Asensi la noche de San Juan de 1948, el año en que su padre le regaló *Historia y fabricación de los mejores perfumes del mundo*. Tenía trece años y desde el momento en que la vi tuve la sensación, una intuición, de que a aquella niña le esperaba un futuro brillante de éxito y fortuna. Y así fue. En 1972 Casilda era una perfumista reconocida en el mundo entero. Se había cambiado el nombre, adoptando el de su creación más conoci-

da: Victoria Lalik. Aquel perfume tenía un aroma divino y sobrecogedor, como el olor de su cuerpo: penetrante. A los pocos años de conocerla comprendí que el poder está impregnado de olor. Y no me refiero al burdo poder de la fuerza bruta sino a aquel otro que pone a los pies de sus amos las almas, secuestrándolas de su propia identidad para someterlas y vaciarlas de su capacidad volitiva.

Hoy, 15 de diciembre de 1975, han pasado casi treinta años desde aquella noche de San Juan. Sentado en una vieja mesa de mármol del Café Comercial de Madrid, rodeado de humo y de espejos, me siento libre de su poder opresor. Son los recuerdos los que secuestran mi memoria y la esconden en los tiernos recovecos de la infancia y la llanura viva y frondosa de la juventud. No sé con cual de las dos me quedaría; siento lo mismo que el poeta cuando cerraba los ojos y evocaba la luz tenue de los primeros años... *Mi infancia son recuerdos*. Sí, recuerdos de olores, de paisajes inexplorados, de sentimientos del único amor inocente que jamás se volverá a sentir. Sólo en la infancia conocemos lo nuevo, el misterio. El resto de nuestra vida anhelamos aquel sentir original. También los poetas le cantan a la juventud, el «divino tesoro de la juventud», cargado de ilusión y de idealismo. Despertamos a la vida y creemos que todo es posible, que un mundo perfecto está a nuestro alcance, que somos inmortales... Yo me quedo con la infancia y sus recuerdos virginales.

Para mí, Casilda fue, y siempre será, el recuerdo más puro de mi niñez. Sí, era una niña egoísta, pero su corazón herido la justificaba ante mí. No hay nada más difícil de superar que la falta de amor de unos padres. Por eso la disculpé.

Y aquí estoy, sentado en este café de la glorieta de Bilbao, esperándola. El viejo café me reconduce al pasado. Son casi las cinco. He llegado más de una hora antes. Ella, si viene, llegará con otra de retraso.

Tengo entre mis dedos la última carta de Lady Mainfort. La escribió hace unos meses, pocos días después de la trágica muerte de su hijo Charles. Es la carta que más me ha conmovido en toda mi vida. No creo que jamás vuelva a leer algo tan triste:

*¿Puede alguien con aspecto de ángel cometer atrocidades propias del mismísimo Lucifer? ¿Qué mente retorcida haría algo así? La he querido como a una hija, tú lo sabes. Creí que Casilda era la mujer perfecta, la esposa ideal para mi amado hijo... ¡pensar que fui yo quien sembró, regó y abonó ese amor fatal! Me siento culpable, Pelayo. Culpable de la muerte terrible de mi hijo. No sé si podré perdonármelo algún día...*

Busco entre las líneas un motivo poderoso para levantarme e irme. ¿Cómo puedo seguir amándola? Después de tantos años su olor continúa intacto en mi cerebro; esa fragancia deliciosa que anula mi ira y me seduce... ¿qué se esconde tras una manera de amar tan posesiva y excluyente, tan enfermiza y obsesiva?

—Es idealismo—me dijo un día Juan en el apartamento londinense de Brick Lane que compartimos durante tantos años.

Por aquel entonces la respuesta yo la tenía clara y me avergonzaba.

—De eso nada... debilidad mental; sólo los débiles se dejan someter.

Hoy sé que las cosas no son tan simples: rara vez vemos el blanco y el negro en estado puro. Me he convencido de que no soy débil, a pesar de que la siga oliendo por todas partes. El gran cambio es que ya no me duele cuan-

do respiro. Soy libre, o eso quiero creer. Si sigo aquí sentado, esperándola, es porque pienso que por fin se ha producido el segundo milagro.

El primero se obró cuando me liberé de su dominio fatal y pude seguir amándola. Quienes caen en las redes oscuras de la dominación espiritual generalmente acaban suicidándose —como el desdichado de Charles— o extirpando de sus vidas cualquier sentimiento cancerígeno que vuelva a invadir su ser provocando metástasis; es el remedio del olvido, el más eficaz, el que libró a mi amigo Juan de su dolor. Sólo unos pocos, entre los que me encuentro, experimentamos el milagro de liberarnos del hechizo y seguir amando. Pero esto no es algo que se pueda elegir. Es el destino o Dios o posiblemente el diablo quien decide si en nuestra vida el amor pasional va a ser nuestro cielo o nuestro infierno, nuestro descanso o nuestro tormento, el manantial que nos llena o el pozo sin fondo en el que nos vaciamos. Y ¿por qué?... no lo sé. Quizás al final de esta historia lo descubra. Puede que incluso lo que acabe por descubrir es que nunca la amé. Porque más que la vida de Casilda, mi diosa opresora, bella y seductora donde las haya, lo que aquí se pone sobre la mesa es el absurdo misterio que envuelve a seres inteligentes cuyas almas, mentes y cuerpos viven secuestrados por el espíritu de un hombre o de una mujer que ejerce sobre ellos la más humillante y repugnante dominación. Humillante, sí, porque el poder humano conlleva desprecio hacia quienes dominamos. Un desprecio que apenas se puede percibir, ni mucho menos decir con palabras.

Como he dicho, creo que ahora soy capaz de amarla con libertad, y creo también que merece la pena averiguar si ha ocurrido el segundo milagro que tanto he esperado y por el que estoy aquí: que ella, por fin, sea capaz de sufrir por amor. Cuando quedé con Carmen después del desplante de Casilda en Creta, ella fue contundente.

—Las personas no cambian, Pelayo, somos quienes somos y si algún resquicio le queda a la transformación, sólo es posible en los primeros años de nuestra infancia.

—Eso pienso yo—le contesté. Pero quise concederle a Casilda el beneficio de la duda y añadí— aunque a veces los acontecimientos traumáticos o incluso los milagros sacan a flote una personalidad que estaba reprimida.

Entonces Casilda ya había hecho demasiadas de las suyas para que Carmen fuera condescendiente.

—No sé... ¡Ojalá tengas razón!... aunque me temo que a ella no la cambia ni un cadáver.

\*\*\*

Casilda creció en el ambiente hipócrita de una alta sociedad cuyo único objetivo era guardar las apariencias a cualquier precio. Su madre, Alice Pinkerton, provenía de una familia aristocrática inglesa venida a menos a finales del siglo pasado. En 1930 se había marchado a Madrid para pasar unas vacaciones en casa de su tío materno, casado con la española de alta alcurnia, Casilda San Román. Conoció a Pierre Asensi en un acto social. Su amiga le dijo al oído que se trataba de un francés adinerado con negocios en Madrid. Los intereses en seguida coincidieron: ella era hermosa y tenía cuna, él, dinero y contactos.

Para la pequeña Casilda, la frialdad con que se trataban sus padres era algo normal, lo único que conocía. «Buenos días, ¿has dormido bien?», «buenas noches, que descanses», «fulanita se ha comprado una casa en el campo», eran las conversaciones triviales y vacías a las que estaba acostumbrada. Ni un beso, ni una sonrisa de complicidad, ni una mirada de cariño. Mucha urbanidad, eso sí, mu-

chas formas y fórmulas que hacían posible aquella convivencia heladora.

Llegó a habituarse también a las ausencias de Pierre, su padre, y a la presencia en aquellos días del «tío Alberto», quien, curiosamente, llegaba a cenar y le daba los buenos días en el desayuno. Ella era sólo una niña.

—Mientras no discutamos creerá que nos queremos — le repetía Pierre a su esposa, Alice, cuando percibía la mirada escudriñadora y analítica de su hija sobre ellos.

Pero Casilda era una esponja que recogía las actitudes, los valores, las prioridades y los gustos de sus padres; se empapaba en ellos, los rumiaba en su mente infantil, inconsciente de su significado; forjándose, sin ella saberlo, una manera de ver y relacionarse con el mundo que iba a determinar su historia.

Cuando la conocí, con trece años y un físico de escándalo, Casilda seguía siendo una niña natural y espontánea cuya mayor ilusión era dominar el universo oculto de los olores. Ella olía a limones y a tierra mojada. Olía a palo de rosa, a jazmín, a nuevo. Tenía la fragancia de lo misterioso, de lo prohibido. Olía a un frescor cautivador, como las agujas de pino tras la primera tormenta de verano. Y al mismo tiempo su olor era cálido, como el almizcle, los lirios, las gardenias. El aroma de Casilda era único, imposible de descifrar, sutil. No era el aroma de un perfume sino la esencia misma de su cuerpo. Su olor se filtró por los poros de mi piel e infectó mi sangre; jamás podría olvidarlo.

Compartíamos la misma pasión por las flores y las plantas, aunque lo suyo eran las esencias; a mí me atraía, más bien, la capacidad curativa de la naturaleza. Vivíamos cerca el uno del otro: yo, con mis padres y mi hermano Carlos, en un piso cuyas ventanas daban al Botánico y ella, con sus padres, en una lujosa casa de Alfonso XII con vistas al parque del Retiro. Por aquel entonces raro era el día que

renunciábamos a nuestro paseo por el Jardín Botánico antes del anochecer.

Entre ella y yo se fraguó una amistad verdadera. Desde el primer momento supimos que nuestros destinos se mirarían de frente. Éramos almas gemelas. Cuando estábamos juntos nos sentíamos fuertes: no existía la soledad. Sólo nos necesitábamos el uno al otro, y nuestro jardín. Éramos diferentes de los demás, inmunes a las tentaciones del mundo que arrastraban a los adolescentes hacia las inseguridades, sufrimientos y pasiones de los bajos fondos de la vida.

Mi madre se preocupaba por la intensidad de esta amistad que me aislaba del mundo. No entendía la profundidad, seria y secreta, de nuestra relación.

—No es sano—le decía a mi padre cuando volvía, cansado, de su trabajo en el ministerio—. Un día se desengañará y entonces sufrirá mucho.

Pero mi padre le contestaba que esa era la esencia misma de la vida: amar con valentía, sin miedo a perderlo todo.

—Quien no sea capaz de esto—le decía a mi madre— no es un hombre completo.

Sí, Casilda y yo vivíamos nuestra amistad con esa seriedad que viste de nobleza los sentimientos importantes de la vida. Entonces yo no sabía el dolor que me provocaría aquella manera de sentir. Fue años más tarde, cuando ya no tenía remedio, que comprendí que un hombre no puede amar así a una mujer y no desear poseerla en exclusiva.

Pasábamos tanto tiempo en el Botánico que llegamos a considerarlo nuestro propio jardín. Ella siempre dirigía la conversación y yo la escuchaba. Hablaba de flores «¿Sabes que en Biarritz se cultivan las rosas que Chanel utiliza en sus perfumes? ¿Sabes que el aroma de las flores hay

que extraerlo antes del amanecer para que la esencia sea más pura? ¿Sabes...?».

Antes de cumplir los quince Casilda era cándida, transparente como el agua de un manantial. Olía a luz.

Pero lo que pasó el verano de 1950 transformó el aroma de su cuerpo. Si hubiese sido ciego jamás la habría reconocido. Dejó de oler a niña, a inocencia, y comenzó a desprender la fragancia de una seducción misteriosa y oscura que me cautivó para siempre.

El mundo interior de Casilda se derrumbó cuando descubrió que su padre, a quien adoraba, tenía una amante. Los sorprendió en la playa de Biarritz mientras paseaba con Carmen. Llevaba bajo el brazo el libro que dos años atrás él le había regalado.

Mientras Casilda le contaba a su amiga los secretos mejor guardados sobre aromas famosos, Carmen intentó disimular la evidencia.

Era de noche. Casilda miró al frente y enmudeció; no dudó de que aquellos novios que se comían a besos, casi desnudos, a orillas del mar, eran su padre y alguien mucho más joven que su madre. Pierre no se dio cuenta de la presencia de su hija. Tan sólo se extrañó de la multitud de papeles que volaban sobre la arena y caían al agua salada, perdiéndose en la oscuridad que borraba todo rastro de un pasado. Cogió una hoja y leyó: *Historia y fabricación de los mejores perfumes del mundo*.

Es curioso cómo algo así puede, en sólo un instante, cambiar a una persona. Aquella noche Casilda no durmió. Entendió todo. Con quince años supo que sus padres no se querían, que «tío Alberto» era el amante de su madre, que los viajes de su padre guardaban secretos que nada tenían que ver con su trabajo; que su vida, aparentemente perfecta, era una gran mentira.

Entonces Casilda se adentró en los rincones recónditos de la mente, donde se producen los olores, las fragancias que nos identifican, donde reside el misterio más luminoso de nuestra esencia humana: la libertad. Ella eligió su camino, buscó otra estrella que guiara su manera de actuar. Decidió no volver a sufrir. Convertirse en verdugo antes que en víctima. Tener antes que dar. Dominar antes que someterse. Su alma se tensó como las cuerdas de un violín y dejó que la venganza tocara su melodía. Venganza contra el mundo, contra el amor. La habían herido quienes la amaban: su padre porque la traicionó, su madre porque nunca la quiso. Allí, en las tinieblas más negras y desesperadas que cubren el lado oscuro de nuestra subjetividad, se reinventó a sí misma, creó su perfume de poder: la seducción; una fragancia cautivadora capaz, al mismo tiempo, de atraer irremediabilmente hacía sí y de repeler cualquier cosa que pudiera provocarle dolor.

Supe que algo había pasado el mismo día en que Casilda y yo reanudamos nuestras meriendas a la sombra de los sauces del Botánico. Parecía mayor. Sus grandes ojos de miel líquida y dorada habían espesado, perdiendo su transparencia. Me contó, sin el menor entusiasmo, su rutina estival y me hizo las preguntas de rigor sobre mis vacaciones.

Yo poco tenía que contarle. Cambiamos de tema y le pregunté por aquél que siempre le interesaba: las flores.

—En Biarritz he aprendido a hacer las mezclas de esencias florales más impresionantes que te puedas imaginar —me dijo—. Me he centrado en las rosas, para elaborar perfumes de rosas olorosas.

Me tendió un frasco mientras me miraba buscando no perderse mi reacción.

—Huele, Pelayo, ¿te gusta?